



OTRO MANHATTAN

CHAI EDITORA

Donald Antrim

OTRO
MANHATTAN

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Donald Antrim

1. Narrativa. 2. Cuentos
contemporáneos

Título original
The Emerald Light in the Air

© Del texto, Donald Antrim, 2014

© De esta edición, Chai Editora, 2020

© De la traducción, Matías Battistón, 2020

Director de la colección:
Federico Falco

Diseño de tapa:
Lamas Burgariotti

Foto de tapa:
Panda Nube

Diseño de identidad y colección:
Lamas Burgariotti

Primera edición en España:
Septiembre 2024

ISBN: 978-84-127636-8-3

Depósito legal: M-19243-2024

Publicado con el acuerdo de Farrar,
Straus and Giroux, New York



Para Deborah Treisman

Otro Manhattan

Se habían mentido tantas veces, durante tantos años, que sus engaños mutuos se habían convertido en moneda corriente, prácticamente en un repertorio. Todos lo sabían, no era ninguna novedad para sus amigos. Esa noche tenían una reserva para cenar con Elliot y Susan, que ya estaban acostumbrados a los cambios de actitud y tono –los suspiros teatrales de Kate, por ejemplo, en respuesta a las lúgubres miradas que le dirigía Jim desde el otro lado de la mesa– provocados por el estrés de vivir en una atmósfera de inquietudes y traiciones. Era invierno, ya había oscurecido, en su pequeño apartamento el aire era seco y de una calidez nauseabunda; así y todo, lo que necesitaban, creyó Jim, no era huir de ahí para pasar otra noche de emocionantes pausas en la conversación y furtivos coqueteos entre los cuatro. Necesitaban sentarse los dos, por cargado que estuviera el ambiente en el salón, por fuerte que zumbaran y retumbaran los radiadores, y turnarse para decirse lo que pensaban realmente. Tenían que hablar. Pero antes, de camino a casa cuando saliera de la clínica, iba a pasar por la floristería. Si entraba en casa con un ramo, había la posibilidad de que Kate sonriera.

También estaba la posibilidad de que nadie notara ninguna incomodidad ni nada raro cuando, al terminar la velada –en realidad no creía que fueran a cancelar la salida de esa noche–, él cruzara con Susan la fría distancia entre el restaurante y el coche de Elliot. Era posible, en otras palabras, que no pareciera molestarle el hecho de que Kate le estuviera hablando por lo bajo a otro hombre. (Ella tenía la costumbre, con Elliot, de agachar la cabeza y murmurar furiosamente a través de los mechones de pelo que le caían al lado de la cara, de tal modo que, para poder entender lo que decía, Elliot se veía obligado a inclinarse y acercarse al vapor de su aliento). El propio *affaire* de Jim, su *affaire* con Susan, había terminado hacía casi cinco meses, tiempo suficiente, pensó, al acercarse a la floristería en la esquina del edificio suyo y de Kate, como para empezar a

hacer el experimento –más tarde esa misma noche, si la situación se prestaba– de rodear inocentemente los hombros de Susan con el brazo, mientras ella y él y Kate y Elliot caminaban de dos en dos hacia el aparcamiento.

Desde luego, no quería castigar a Kate, o por lo menos no quería dar la impresión de estar castigándola, por un adulterio exitoso. Elliot la hacía reír, y de una manera muy dulce. Cualquiera pensaría que eran una pareja recién formada.

Odiarla no estaba bien.

Había llegado a la floristería. Se dirigió directamente hacia las rosas en la vitrina refrigerada. Aunque era un día frío, frío y muy ventoso, y había llegado muerto de frío, cruzar esa pequeña tienda con calefacción lo hizo entrar en calor, y pudo sentir cómo el aire gélido le golpeaba la cara cuando abrió la puerta de cristal. Se agachó y examinó las flores. Le preguntó a la chica:

—¿Tienen rosas amarillas que todavía no hayan florecido y que, digamos, no estén abiertas?

Rosas amarillas, símbolo de amistad más que de eros, parecía lo correcto, dada las complejas posibilidades de la velada.

—Esas son las únicas que tenemos.

—Son bonitas, pero no van a durar.

Ella también era bonita, la chica que le mostraba las rosas. ¿La habría visto ya antes en el local y la habría pasado misteriosamente por alto? ¿Cuántos años tenía? ¿Convenía arriesgarse a mirarla a los ojos? ¿Llevaba anillo? ¿Y qué tal el culo? ¿Y qué acababa de decirle hacía un momento? Florecer y abrirse significaban lo mismo, hablando de flores. Había empezado a balbucear en su presencia.

Kate, mientras tanto, estaba arriba, en el piso, hablando con Elliot por teléfono. La llamada se había extendido más de cinco horas. Kate había tenido que usar todos los teléfonos a mano: su móvil y, antes del móvil, los dos inalámbricos baratos de la casa, uno en la cocina y otro en el dormitorio.

—¿Has oído ese pitido? Tengo que cambiar de teléfono. Un segundo —había dicho cuando el inalámbrico de la cocina había empezado a quedarse sin batería.

Después de llevar el teléfono (el primero de la conversación) al dormitorio, había cogido el otro inalámbrico de la mesilla de noche y había dicho:

—¿Estás ahí? ¿Se escucha? Dame un segundo que cuelgo en el otro.

Entonces había ido con ambos aparatos a la cocina y había dejado en su lugar, en la pared, el que ya no tenía batería. Al lado había una puertecita de alacena, que daba a un conducto de aire estrecho y oscuro, donde alguna vez hubo un montaplatos. Kate había abierto y cerrado esta puertecita al vacío varias veces mientras explicaba, hablando en el teléfono del dormitorio, por qué el hecho de que Elliot estuviera casado y ella estuviera casada no debía considerarse necesariamente como algo en común. Que ninguno de los dos tuviera hijos podía verse como una zona de paridad emocional, según ella, considerando que ambos dudaban si querían tenerlos o no, mientras que sus parejas solían dejar muy claro que, en su opinión —específicamente, la de Susan sobre Elliot y la de Jim sobre Kate, aunque ni Susan ni Jim estaban sugiriendo una reconfiguración marital—, serían “muy buen papá” o “muy buena mamá”.

Elliot la interrumpió:

—¿No estás cansada de escuchar eso?

—Ese no es el punto —respondió Kate—. Ay, Elliot, ¿por qué coño es tan difícil hablar contigo?

—¿Hace falta que conteste esa pregunta?

—Como sabrás, siempre he sido curiosa.

¿Podría haberle dicho algo más tonto?

Ella había estado intentando, y no era la primera vez, hacerle entender a Elliot con dulzura por qué ya no podía acostarse con él. Durante las primeras horas de la conversación había logrado controlar el impulso de tentarlo y coquetear con él. Pero todo el proceso de cambiar de teléfono, ir de un lado al otro en aquel piso asfixiante, la había debilitado, por así decirlo. Era como si, al perder el primer teléfono, hubiera perdido una línea de defensa, por simbólica que fuera, contra el deseo de Elliot. O quizá, se le ocurrió mientras estaba ahí de pie en la cocina, abriendo y cerrando la

puerta del montaplatos con una mano, el acto necesario de sacrificar un teléfono por otro podía leerse como un reflejo velado del tipo de ambivalencia que hacía falta para alternar entre amantes. ¿O era demasiado absurdo, eso?

—¿Me podrías repetir lo que has dicho? No te he oído —le dijo a Elliot.

Las tuberías de la calefacción retumbaban; el día cedía al crepúsculo. Ella escuchó el siseo del vapor que escapaba del radiador bajo la ventana de la cocina. Elliot volvió a empezar:

—Te decía que a veces pienso que pensarás que por ser psiquiatra automáticamente veo los distintos puntos de vista de cada situación. Pero no soy ese tipo de psiquiatra.

—Por favor, no me hables como si fuera una de tus alumnas posdoctorales —le dijo ella, y él respiró hondo.

—Kate, tenemos una relación, Kate.

—Jim es tu amigo.

—Como si no fueras también mi amiga.

—Además tu mujer es mi amiga.

Y agregó:

—Odio esta mierda. Ahora *este* puto teléfono también está pitando. Un segundo. ¿Elliot, me darías un segundo?

Cambió el teléfono del dormitorio por el de la cocina, que todavía no estaba lo suficientemente cargado, volvió con ese teléfono al dormitorio y se sentó en la cama.

—Kate, ¿qué tiene que ver Susan? Necesito saber qué me intentas decir. Habíamos acordado que no íbamos a hablar de Susan. ¿A qué vas con todo esto? ¿Kate? ¿Estás ahí?

Esperó.

—¿Me vas a hablar? Por favor, no hagas esto. No hagas esto, Kate. Bueno, estoy harto, a la mierda, a la mierda todo, a la mierda...

Le estaba sonando el teléfono. No era la batería. Era otra llamada. Dijo:

—Kate, dame un minuto. Un minuto, Kate.

Atendió.

—¿Hola?

—Soy yo —dijo ella, y le contó con una voz tristísima que no le funcionaba ninguno de los dos teléfonos, que le estaba hablando por el móvil y que solo quería decirle que la deshonestidad no le gustaba demasiado.

—Vas a tener que hablar más fuerte —dijo él.

—¿No se oye? Sería mejor que me avises cuando tengas mejor señal.

Ella apretó el móvil contra la oreja y caminó del dormitorio al salón, después a la cocina, después por el pasillo, dejando atrás el tocador, con el inodoro roto, inutilizable, hasta el recibidor miniatura del piso.

—¿Y ahora? —dijo ella—. ¿Ahora?

—Estoy perdiendo la conexión —dijo él.

Así que ella deshizo sus pasos, volviendo al salón, donde encendió una lámpara. El cielo estaba oscuro. En todo el horizonte de la ciudad vio las ventanas encendidas de otra gente. Una vez más, Elliot la había presionado —o Kate había *permitido* que él la presionara— para que ella dejara abierta la posibilidad de su *affaire*. ¿De qué servía discutir, al fin y al cabo? Jim volvería en cualquier momento y, un poco después, los dos saldrían y se encontrarían con Elliot y Susan para cenar. ¿No era una locura? Todavía tenía que bañarse y vestirse. Le dijo, accediendo:

—Está bien, lo voy a pensar.

—¿Mañana, entonces? —dijo Elliot.

Y agregó:

—Sabía que ibas a recapacitar.

Él le comentó en broma que si no salía de su oficina en los próximos minutos, iba a tener que aparecer en el restaurante con su bata blanca. Se despidieron, y ella colgó y lloró durante un cuarto de hora.

En la floristería, el ramo que Jim le estaba preparando a Kate no dejaba de crecer. No solo tenía rosas amarillas, sino también otras rojas y rosadas aisladas, ramitos de brezos, fresias, astromelias, lirios de agua verdes y blancos, lirios azules, crisantemos, y otras cosas que la chica había sacado de unos cubos y había agitado en el aire para que él las viera y diera el visto bueno.

—¿Qué más? ¿Qué más le gusta a ella? —preguntaba la chica, mientras se inclinaba hacia la vitrina refrigerada y buscaba otras flores.

—Qué bonito. Me parece que le va a gustar lo mismo que a usted—dijo él.

Enseguida dudó si estaba bien decir eso. ¿Era provocativo? No había ningún otro cliente en el local. Manteniéndose cerca, pero respetando cierta distancia, la siguió de una vitrina a la otra. Era lo mismo que si estuviera comprando lencería, sintió; y, de hecho, le parecía que el ramo de algún modo era para la chica tanto como para Kate, que se habría sentido, bueno, no exactamente mortificada de haber sabido que su marido estaba en la esquina sustituyéndola en sus fantasías por una florista para irse estimulando antes de tener sexo esa noche.

—Pillanovios.

—¿Perdón?

—Me encantan las pillanovios.

—En ese caso, vamos a tener que sumar algunas —dijo Jim.

—Bien.

La chica se dio la vuelta, dejó el ramo sin terminar estirado en el mostrador al lado de la caja registradora y, dándole la espalda, le dijo:

—Con esto tenemos *mucho* material para trabajar.

Lo miró por encima del hombro (¿quería que él se acercara?) y después, rápidamente —qué manera de coquetear, pensó—, se dio la vuelta de nuevo para ponerse a desmontar el ramo y dividir las flores en grupos, una variada serie de ramilletes que separó no por color o tipo (salvo en el caso de las rosas rojas, rosadas y amarillas, combinadas todas juntas), sino, como resultaba cada vez más evidente, por el largo del tallo. Cuando ya tenía montados sus ramilletes, cogió las tijeras.

—Esto me va a llevar un minuto —dijo.

Él se quedó mirándola cortar los tallos. Dijo:

—Tómese su tiempo.

Pero había un problema: ¿cuánto iban a costar esas flores? El ramo que ella había hecho —el que había *surgido* en sus manos— era

más ancho y alto, por mucho, que el ramo que él buscaba al entrar en la floristería. Era menos un ramo que un verdadero arreglo floral, un centro de mesa, gracias en parte a las ramas verdes llenas de hojas que la chica había metido entre las flores, y las pálidas pillanovios blancas, que no, ella no había dispuesto en capas, sino más bien agrupado en un conjunto globular.

—¿Podemos sacar algunas? —preguntó.

Se arrepintió de inmediato. ¿Qué clase de hombre seduce a una mujer dejándola montar un ramo enorme para su mujer y después le pide que lo haga más pequeño?

—¿Qué quiere que saque? —le preguntó la chica.

¿Le habría molestado? Le estaba dando la espalda. ¿Lo vería con peores ojos? ¿Pensaría que era un miserable que engañaba a su mujer?

—Es que tenía ganas de usar un jarrón particular, estilo Arts and Crafts, que iba a poner sobre la repisa de la chimenea. Creo que ahí quedarían preciosas —mintió él, elaboradamente.

(En realidad, sí tenían un jarrón sobre la repisa, pero daba igual).

Agregó:

—Lo que quiero decir es que el jarrón que tengo en mente no es muy grande.

¿Necesitaba excusas? ¿Necesitaba sacar a colación su vida hogareña?

Dio marcha atrás.

—Ahora que lo pienso, no importa el jarrón en la repisa. Sería una lástima arruinar un ramo tan bonito.

—No voy a arruinar nada.

¿Lo estaba increpando? ¿Se estarían caldeando los ánimos entre ambos? Esperó a que ella hiciera su próxima jugada.

—Puedo darle un jarrón más grande —propuso la chica, finalmente.

Él contuvo el aliento. Le llevaba por lo menos veinte años. Pero no era la diferencia de edad, ni el hecho de estar casado, lo que hacía que se sintiera inseguro. El problema eran sus procesos

mentales: el litio que estaba tomando en pequeñas dosis volvía más lenta la realidad. Era el litio, o el cóctel de antidepresivos, o todo junto. A veces, cuando hablaba, sentía como si una especie de viento mental soplara contra sus pensamientos, obligándolo a ordenar nerviosamente la sintaxis mientras empujaba las palabras para que salieran de su boca.

—Acabo... ¡Acabo de salir del hospital! —balbuceó.

La vio darse la vuelta hacia él; en las manos sostenía azucenas blancas y un lazo rojo de satén, y sus ojos miraron a la izquierda, a la derecha, a la izquierda.

—¡No debería haber dicho eso! ¡Olvídese de que he dicho eso! ¡No he querido decir eso! Deme el jarrón. Quiero un jarrón.

—¡Ah! —dijo ella, como si la sorprendiera ver que todavía tenía partes del ramo en la mano—. Deme un segundo que voy corriendo al fondo y traigo uno.

Mientras Jim y la chica seguían con lo suyo en la esquina, Kate caminaba de arriba abajo por el apartamento con sus tacones rojos, metiendo cosas en la cartera y buscando sus llaves en los lugares de siempre. Tenía que escapar antes de que llegara Jim. Lo podía llamar desde la calle y decirle que se encontrarían en el restaurante. Pasar de estar con Elliot a estar con Jim y de estar con Jim a estar *con* Elliot, *con* Jim y *con* Susan sin un respiro era un disparate. Pero, ahora en serio, ¿adónde iba a ir? Hacía demasiado frío como para sentarse en un banco. El bar junto al restaurante era oscuro y deprimente, un tugurio de viejos, y el bar dentro del restaurante iba a explotar de gente desesperada por conseguir una mesa. Podía quedarse de pie hojeando revistas en el quiosco al otro lado de Broadway, pero eso implicaba lidiar con la fila de hombres que iba a pasar por su lado, en aquel espacio tan angosto, para mirar pornografía en el fondo del local. Cerró de un portazo la puerta del apartamento y bajó los cinco pisos por la escalera. En invierno era muy común que no atinara a salir antes del atardecer. La ponía de un humor de perros.

Afuera, el viento soplaba con fuerza. No se había puesto gorro. Se ajustó la bufanda, se levantó el cuello del abrigo, agachó la

cabeza y avanzó hacia Broadway con los puños bien enfundados en los bolsillos y la cartera apretada debajo del brazo. Si aunque fuera nevaba. ¿Pero, hoy por hoy, cuándo nevaba? Con o sin gorro, no le hubiera molestado que algunos copos de nieve cayeran a través de las luces de la ciudad para venir a posarse sobre su cabeza. De pequeña, el suelo se cubría de nieve todo el invierno. Eso es lo que recordaba. Desde luego, estaba pensando en la granja, en Nueva Inglaterra, no Nueva York. ¿Y a qué iba con todo eso? A que ya rara vez nevaba como en aquellos años, antes de que murieran sus padres. Las nevadas que recordaba de la infancia parecían haberse perdido con el tiempo y, suponía ella, el cambio del clima.

Caminó tan rápido como se le permitían sus tacones altos. En Broadway, giró hacia el norte y pasó por delante de la floristería, donde la chica tan bonita que atendía el local acababa de salir del fondo con las flores –flores para *ella*, para Kate– en su jarrón.

—Aquí estamos —le anunció la chica a Jim.

Extendió los brazos y sostuvo las flores hacia adelante, presentándolas. Sin embargo, antes de que él pudiera cogerlas –era la medicación, alterándole la mente y demorando sus reflejos–, ella apoyó con cierto esfuerzo el arreglo floral en el mostrador y le explicó que había tenido que buscar por todas partes para encontrar un jarrón más pesado de lo normal, que no solo fuera lo suficientemente ancho, sino también lo suficientemente alto como para que el ramo no se cayera.

Jim y la chica admiraron su creación. Con sus tallos en vertical y con total libertad para sobresalir o inclinarse, la verdadera inmensidad del ramo se volvió evidente. Las rosas con espinas resaltaban por todas partes, y las azucenas, cuyos tallos en forma de columnas habían sido agrupados por la chica en el centro, se alzaban por encima de las demás como, como, como... como árboles demenciales sobre un mundo demencial de algún tipo, pensó él. Estaba mareado cuando habló.

—Me encanta esa manera de ponerle cintitas y lacitos para atar las flores en varios conjuntos. ¡Parece un ramo hecho de ramitos! Hay tanto para ver... Puedo oler las azucenas. ¿No le da ganas

de respirar ese perfume? ¿Conoce al pintor Fragonard? ¿Conoce a Boucher? Mire las flores de Boucher. Son prácticamente obscenas. Puede que haya algún Boucher en el Frick.

Se animó a agregar:

—¿Le gustan los museos?

—Cuando tengo tiempo.

—Le podría mostrar el Frick.

Sonrió de oreja a oreja, se encogió de hombros y agachó la cabeza, y ella hizo lo mismo, encogiéndose de hombros también y poniendo una cara rara.

—Es muy buena en lo que hace —agregó.

—Muchas gracias —dijo ella—. ¿Qué forma de pago prefiere?

Trató de imaginar lo que se vería obligado a gastar. Fuera cual fuera el precio, sería excesivo. Los gastos de sus hospitalizaciones recientes los había cubierto principalmente la obra social de Kate —el seguro médico era de ella; se habían casado para que él pudiera aprovecharlo durante este largo (esa era la palabra que usaba Kate, a veces con sarcasmo) período de crisis en su vida—, pero así y todo había muchos pagos pendientes, facturas nuevas que recibía cada dos semanas, además de los costos del programa de seguimiento al que iba en la otra punta de la ciudad, el Upper East Side, de las que el seguro apenas reembolsaba una parte.

—Tarjeta.

Le dio su tarjeta de débito a la chica, que la pasó por el aparato.

—La máquina no la acepta —dijo. Después de pasarla una segunda vez, se disculpó—. Esto no quiere decir que haya algún problema con la cuenta. Va a tener que llamar al banco. ¿Querría probar con una cuenta distinta?

—No tengo otra. ¿Me dice el total?

—Trescientos cuarenta y un dólares con sesenta centavos.

Le dio ansiedad y respiró hondo. ¿Cómo podía costar tanto un ramo de flores?

Metió la mano en el bolsillo y hurgó en busca de efectivo, ¿pero para qué?

—Un minuto —dijo.

¿Qué hacer, qué hacer? Iba a tener que llamar a su mujer. ¿Iba a tener que llamarla? Iba a tener que llamarla. Sacó el teléfono, marcó –en ese momento se alegraba de haber tomado sus pastillas–, y Kate atendió de inmediato y gritó:

—¿Dónde *estás*? ¡Estoy en el restaurante con Susan! Elliot está afuera, aparcando. ¿Has ido a *terapia*?

—¿Podrías no gritar, Kate?

—¡Está lleno de gente, es infernal!

—Necesito hablarte, en privado —le dijo, y le dio la espalda a la florista.

Pero era imposible evitar que, en un espacio tan reducido, la chica lo escuchara, así que tapó el teléfono con la mano, se inclinó hacia ella y le susurró:

—Ya vuelvo.

Salió del local, se quedó de pie en la acera, expuesto al viento helado, y procedió a humillarse lenta y deliberadamente. Le dijo a Kate:

—Pasé de camino a casa y te compré flores, pero no sé por qué el banco me está rechazando la tarjeta y ahora no me puedo ir de la floristería porque no me llega el efectivo, y creo que el problema sencillamente es que... bueno, no sé qué mierda de problema hay, no debo haber controlado el saldo, es posible que estemos en números rojos. Ya sé que ya hablamos de esto. Pero no es nada serio, te lo juro.

—Ay, Jim. ¿Estás *gastando dinero*? ¿Cuánto *gastaste*? —aulló Kate, y él hizo una mueca de dolor.

Dijo:

—¿Está Susan ahí?

—¿No has oído nada de lo que he dicho? ¡Está aquí! Estamos tomando Manhattans. ¿Vas a venir? Te estamos esperando. ¿Para qué vas a hablarle a Susan? Jim, ¿te estás gastando nuestro dinero?

—No quiero hablarle a Susan. Preferiría que esta fuera una conversación privada entre nosotros dos, nada más.

—Por favor, Jim, como si aquí nadie supiera todo lo que hay que saber.

—No estoy... no estoy gastando nuestro dinero.

—Estás alterado.

—¿Por qué me estás diagnosticando? No estoy alterado. Quería sorprenderte con un ramo. Pero claramente fue otro de mis muchos errores. La próxima me lo voy a pensar dos veces. Todo lo que hago está de más.

—Basta —le dijo Kate.

Al otro lado podía oír sonidos del bar del restaurante, voces y otros ruidos de la multitud que venía después de trabajar. Luego el viento sopló más fuerte, y el único sonido que oyó fue la propia estática del teléfono. Cuando amainó, la voz de Kate decía:

—Ya está Elliot con nosotros, y Lorenzo nos está preparando una mesa. Quiero que me pases con alguien así le hablo por lo de las flores.

Entonces se vio forzado a arrastrar los pies de vuelta al local, extender el teléfono y decirle a la chica:

—Quiere hablar con usted.

La chica vaciló y luego estiró la mano para que le diera el aparato.

—¿Hola? —le dijo al teléfono.

Él se refugió en un rincón de la tienda. En realidad no tenía ganas de quedarse ahí de pie, oliendo las flores, mientras la chica anotaba el número de la American Express de su mujer. Nunca iba a averiguar cómo se llamaba la florista, ya no, Kate se iba a asegurar de eso, se dijo mientras espiaba desde su escondite, detrás de un arbolito de hojas grandes en una maceta. Vio los cubos de flores y las vitrinas en fila, y la puerta que daba al fondo, ¿pero dónde estaba la chica? La oyó reírse por algún comentario que habría hecho Kate, y se dio cuenta de que estaba detrás del ramo.

—¡Ah, si sabré yo de eso, los hombres y sus compras importantes! —exclamó ella.

¿Qué le estaba diciendo Kate? ¿Era el objeto de algún chiste? ¿Lo estaba tratando de bipolar?

Él tenía el problema de ser ansioso y suicida, y, como Kate le había recordado en su conversación un momento antes, todo

el mundo estaba al tanto de las veces que se había instalado en el puente de 59th Street, el otoño pasado, y esas otras en que había jugado a amagar tirarse –no, no era un juego, en absoluto, a decir verdad– de la escalera de incendios afuera de la ventana de su dormitorio.

No quería pensar en nada de eso. Y sin embargo era la razón por la que ahora estaba agachado detrás de un ficus, escuchando a escondidas mientras una chica con la que se quería acostar se ponía las botas con lo que Kate tenía para decirle... ¡en *su* móvil! ¿Y cuál era el problema, además, si un puñado de veces, cuando volvía de la guardería, como a veces se refería él a su tratamiento en la clínica, se había entusiasmado por estar vivo y había saltado del autobús en Fifth Avenue para entrar corriendo al centro comercial Bergdorf Goodman, meterse en el ascensor, bajar en el segundo piso y probarse ropa hasta que cerraran? ¿Era insalubre? Sus médicos no creían que fuera maniaco-depresivo; de hecho, lo habían descartado. Pero Kate había estado leyendo la literatura clínica sobre el tema, y tenía la autodidacta certeza de que los profesionales de Payne Whitney estaban minimizando algo que saltaba a la vista: su historial de comportamiento autodestructivo, junto con sus “curiosos” gastos en abrigos, corbatas, camisas y zapatos, representaban, por lo menos, según ella, una depresión con estados mixtos. “¿Por qué no te dan olanzapina?”, le preguntaba periódicamente. Él le suplicaba que no interfiriera en su tratamiento, y aventuraba –recordando la muerte del padre de Kate y cómo la familia había perdido su granja, cuando ella era adolescente– que su miedo obsesivo a caer en la ruina, su insistencia en ver aquello como un trauma posiblemente mortal, tal vez tuvieran menos que ver con sus nuevos trajes hechos a mano que con las distintas maneras en que sus roces con la muerte habían reactivado en ella un duelo previo.

Espió por detrás del ficus. Llevaba un abrigo ridículo de cachemir, y hoy su traje era de franela color gris medio, con estampado de espiga. Tenía puesta una americana de hombreras mínimas, doble abertura y un elegante corte de tres botones, con la punta de la V de las solapas en el segundo botón (su estilo de solapas preferido

actualmente), y pantalones de pinza italiana con bajos de tres centímetros. ¿Por qué un hombre dejaría de usar bajos? Llevaba un botón desabrochado en la manga izquierda de la americana, y otro en la derecha. No iba vestido como alguien que había reventado la tarjeta. ¿O sí?

Kate lo iba a matar. Estaba lo suficientemente enfadada como para matarlo. Eso era un hecho. ¿Qué hacía él comprando flores carísimas sin ningún motivo en una noche cualquiera, en la mitad de la semana, cuando ya se habían comprometido a gastar una barbaridad —la cuenta por las copas iba a ser exorbitante, para cuando terminaran— en la cena con Elliot y Susan? Sin embargo, pensó Kate, sentada con sus amigos, esperándolo en una mesita cerca del fondo del restaurante, así eran las cosas con su marido: él hacía los gestos, ella absorbía los costos.

—Qué espanto todo esto —suspiró.

Le estaba hablando por teléfono a la chica de la floristería. Kate no lo había dicho para que la oyeran ni la chica ni, ciertamente, Elliot, que entendería su irritación con Jim como una señal para llamarla al día siguiente y proponerle que se vieran por la tarde con mayor frecuencia en el hotel.

Había estado yendo una o incluso dos veces por semana al Upper East Side para encontrarse con Elliot en el Lowell Hotel, en 63rd Street, entre Madison y Park. Iba en autobús. Por lo general, ella llegaba primero. Pedía la llave de la habitación, subía y se daba una ducha; si Elliot estaba retrasado en el laboratorio y ya empezaba a oscurecer, quizás abría el minibar y se hacía un Manhattan o algo parecido a un Manhattan, y después se reclinaba desnuda junto a la ventana y miraba hacia el norte en dirección a East 90th Street, a Carnegie Hill, donde su madre, hija única, como Kate, había vivido antes de casarse con su padre y mudarse a la granja.

El Manhattan había sido la copa predilecta de su madre. A diferencia de ella, Kate trataba de limitarse a tres por velada. Esa noche, en Lorenzo's, ya iba bastante adelantada, y se estaba terminando la segunda antes de probar bocado. Sostenía la copa en una mano y el teléfono en la otra, tratando de escuchar, con el ruido

del restaurante de fondo, cómo la chica de la floristería le repetía el número de su American Express. Elliot estaba sentado al lado suyo, en silencio. Tenía los brazos cruzados, y la silla corrida hacia atrás, en un ángulo, para que le entraran las piernas. Susan se había levantado de la mesa; le había señalado a Kate (con un tono ya tirando al hartazgo):

—Kate, somos mejores amigas, pero no sé cómo se te da por tomar algo tan fuerte.

Y dirigiéndose a Kate y Elliot juntos, agregó:

—¿Me hacéis un favor gigante? ¿Pilláis a Lorenzo y le pedís que me traiga un Cosmopolitan?

—No me digas ni una palabra sobre mi marido —le advirtió Kate a Elliot, cuando Susan fue al baño.

Hablándole al teléfono, dijo:

—Perdón, no me refería a usted. Le estaba hablando a otra persona.

Mientras tanto, en el baño de mujeres, Susan había sacado su móvil, y estaba llamando a Jim desde un cubículo.

Contestó la chica, desde luego.

—Hola, ¿puede esperar un momento? —dijo.

La línea enmudeció brevemente. Después de una pausa, la chica atendió otra vez y dijo:

—¿Puedo preguntar quién llama?

—¿Puedo preguntar quién atiende?

—Un momento, por favor.

—¿Señor? —dijo la chica, llamando a Jim. Miró a ambos lados, buscándolo. ¿Adónde se había ido? El local cerraba a las ocho. Ya casi era hora de cerrar—. ¡Lo busca una mujer!

—¡Aquí! ¡Aquí estoy! —respondió, detrás del arbolito.

—En un segundo ya la atiende —oyó Jim que prometía la chica por teléfono.

Después hubo una pausa, antes de que ella, adoptando un tono profesional, volviera a dirigirse a Kate:

—Disculpe que tenga que pedirle esto otra vez. ¿Podría verificar los últimos cinco dígitos y la fecha de caducidad?

Cuando él estaba en el hospital –en los últimos seis meses había ido tres veces a la sala de urgencias y lo habían internado dos veces en un pabellón psiquiátrico–, había pasado día tras día tirado en un colchón, llorando. Sus médicos (junto con las enfermeras y los trabajadores sociales que organizaban los grupos de terapia diarios) lo habían alentado a que dejara la posición fetal y tratara, aunque fuera, de mirar televisión o participar en algún juego de mesa con los otros pacientes, pero en general era un desafío insuperable. Hubo momentos en los que, cuando iba o volvía del baño, el dispensador de agua o la sala común de los pacientes, o cuando hacía la cola para recibir su medicación en la oficina de enfermeras, o simplemente cuando estaba sentado en la camilla del consultorio, tenía una fuerte sensación de que el aire a través del que se movía estaba concentrándose a su alrededor y volviéndose –en realidad, no había palabra que alcanzara a darle nombre– sustancial. Su peso lo iba oprimiendo. Esto dolía, dolía de un modo terrible y, sin embargo, cuando trataba de ubicar la fuente del dolor, era imposible: provenía, como sabía bien, únicamente de sí mismo. En el colchón, hecho pedazos y llorando por Kate y su amor retorcido, él había pasado las horas inerte, aplastado.

—¿Señor?

La voz de la chica parecía rebotar a través del local. Levantó la mirada. ¿Cuándo había salido ella de atrás del ramo? Podía verla de pie al otro lado del arbolito. Lo estaba mirando a través de las hojas.

—¿Está bien, señor?

—Yo quizá... necesito un minuto.

Tenía la boca seca, y le latía con fuerza el corazón. Podían ser los medicamentos.

—Hay alguien que quiere hablar con usted. ¿Le parece que puede atender la llamada? ¿Le gustaría intentarlo?

Ella extendió su móvil con una mano, acercándose a través de las ramas.

Él tuvo que meter la mano en el árbol para alcanzarlo. Estaba transpirando.

—¿Hola? —dijo, hablando al teléfono.

—¿Qué cojones ha pasado, Jim? —le dijo Susan, desde el inodoro del baño de mujeres de Lorenzo's.

—Susan, ¿cómo estás?

—He estado mejor.

—Lo siento.

—Ya estamos todos, Jim. Te estamos esperando desde hace rato.

—Estoy haciendo todo lo posible por llegar. ¿Ya habéis pedido? ¿Cuáles son los platos del día? ¿Qué es lo más tentador?

—Kate está como loca. Dice que los dos estáis en la ruina. Dice que te has gastado todo el dinero.

—No es cierto.

—No me mientas, Jim. Por favor, no me mientas.

Estaba resoplando y empezando a sollozar ligeramente.

—No llores, no llores, cariño —le susurró al teléfono.

Después lo tapó con la mano y le dijo a la chica, que seguía mirándolo desde arriba a través de las hojas del árbol:

—Va a tener que disculparme una vez más.

Con mucha fuerza de voluntad, se puso de pie y salió de atrás del ficus. No se atrevió a mirar a la chica, pero la oyó decirle, mientras él avanzaba dolorosamente, apartándola, que al parecer la tarjeta American Express de su mujer también había sido rechazada, y preguntarle si había alguna otra manera en que pudiera pagar las flores.

Él hizo un gesto con la mano, para indicar que iba a volver. Salió al frío de Broadway. Se subió el cuello esmoquin del abrigo. La puerta de la floristería se cerró a sus espaldas.

Mientras tanto, en su mesa para cuatro, Kate y Elliot habían empezado a discutir.

—Mejor le hablo yo —dijo Elliot.

Tenía los codos en la mesa. Apenas había probado su *whisky* escocés.

—No es una buena idea.

—Dame tu teléfono.

Elliot extendió la mano.

—Estoy en espera.

—Kate —dijo.

—¿Me podrías dejar en paz?

—Como quieras —dijo él, reclinándose en la silla.

Kate estalló de repente:

—¿Cómo vas a actuar así? Parece mentira, un médico. ¿Cómo vas a ser tan insensible?

Él dijo:

—¿Qué tiene que ver que sea médico con lo que siento?

(Al oírlo ella puso los ojos en blanco, pero él no pareció darse cuenta). Después agregó:

—Puede que sea médico, pero no soy el médico de tu marido.

—Se llama Jim, ¿o te olvidaste?

—Creo que estás borracha. Eso es lo que creo.

Se levantó de la mesa, tanteó sus bolsillos —para confirmar que tenía su propio teléfono— y dijo:

—Soy investigador, joder. No tengo pacientes. Él tiene excelentes médicos. Lo voy a llamar.

Cuando se fue y Kate se quedó sola, llegó Lorenzo con el Cosmopolitan de Susan.

—Se han ido todos y la han dejado—dijo Lorenzo.

Kate contestó, con vocecita aguda:

—¡Se han ido todos!

—Permítame que le traiga otro Manhattan.

Lorenzo apoyó el cóctel de Susan en la mesa y levantó la copa de Kate. Ella logró sonreír un poco. Se llevó el teléfono al oído.

—¿Jim? ¿Jim, estás ahí? —susurró.

Seis manzanas más al sur, Jim seguía en la línea con Susan.

—Aquí estoy, estoy aquí contigo, cariño —le aseguró.

De hecho, no pensaba volver a acostarse con ella. Ah, le hubiera encantado acostarse con Susan: ese no era el problema. Pero esa noche su cuerpo se estaba comprimiendo; sentía el peso del aire encima, aplastando su libido y su confianza en la humanidad.

—Susan —dijo—. Susan.

—¿Qué pasa? —dijo ella. Su voz retumbó en el cubículo—. ¿Qué te pasa? ¿Te está pasando eso? ¿Te está pasando ahora? Tengo miedo. ¿Qué *hago*?

—Susan —dijo—. Susan.

Le explicó que en unos minutos iba a volver a entrar tranquilamente a la floristería e iba a robar un ramo misterioso y precioso que un ángel y él habían hecho para Kate. Él había ayudado al ángel, señaló. Tenía ganas de ser honesto. Le admitió que estaba hablando metafóricamente cuando se refería a los ángeles, para parecer franco y no perder su confianza. Necesitaba que mantuviera la calma cuando él entrara al restaurante, le dijo. Después terminó la llamada y volvió a dirigirse a Kate.

—Estoy yendo —dijo él.

—Me alegra —dijo ella.

—Te amo —dijo él.

—Te amo, te amo —dijo Kate. Estaba sola en la mesa—. ¿Has hablado con Elliot?

—No he tenido noticias tuyas.

Elliot, entretanto, lo había llamado sin éxito, porque Jim tenía en línea a las mujeres de ambos. Ya le había dejado dos mensajes; en uno decía: “Jim, necesito que me llames, ¿está bien?”, y en el otro: “Jim, ¿me vas a llamar?”. Al tercer intento pudo conectarse, pero Jim no contestó. Oyó que sonaba el móvil, lo alejó del oído, lo miró, vio quién era y le dijo a Kate:

—Es él. Ni loco quiero hablarle ahora.

—Te entiendo —dijo ella—. Mejor que vengas directamente, querido, y cenas con nosotros. Todos necesitamos comida. Necesitamos comer.

Él dijo:

—¿Te ha estado cuidando desde que me fui?

—¿Desde que te fuiste? —dijo ella.

—No sé cómo decirlo de otra manera.

Ella le preguntó:

—¿Te vas a quedar ahí hasta que llegue alguien?

—No me mandes una ambulancia —le dijo él.

Se puso el teléfono en el bolsillo. Giró y quedó delante de la puerta de la floristería. Algunas personas le pasaban por al lado a toda velocidad en la avenida ventosa. O, al menos, eso parecía; sus

pensamientos estaban concentrados en el dolor debajo de su sien. Quería erradicarlo. Se le ocurrían distintas maneras de hacerlo. Así era cuando su mente viraba hacia las ventanas abiertas en pisos altos o las puertas de emergencia sin llave de las terrazas o los alambrados de los puentes peatonales.

Dio un paso al frente. Parte de la puerta era de cristal, y podía ver dentro del local. Se le ocurrió que sería fácil romper la ventana con el puño y cortarse adrede las venas de los brazos. En vez de hacer eso, apoyó la mano contra el marco y empujó. Asomó la cabeza. Estaba actuando como alguien culpable, aunque sabía que no tenía por qué sentir culpa, no en la floristería: aún no había hecho nada. De todas formas, entró a escondidas, avergonzado.

No se veía a la chica por ninguna parte. El ramo parecía más grande que la última vez que lo había examinado. ¿Cómo iba a poder llevarlo por Broadway en sus manos temblorosas? Al lado, en la mesa –cuidado, tenía que tener cuidado– estaban las tijeras de podar de la florista, además de unas tijeras comunes y un cuchillito afilado.

Se dijo a sí mismo que dejara esas cosas donde estaban.

En el restaurante, Lorenzo le trajo a Kate su bebida. Ella le pidió pan, y se disculpó por tardar tanto en pedir la cena.

—Pronto ya estaremos todos –suspiró.

En eso tenía razón. Elliot había abandonado sus intentos de llamar a Jim, y el frío lo había hecho entrar de nuevo. Se estaba abriendo camino por el pasillo hasta la mesa. Susan también volvería, tan pronto hubiera hecho pis. El orgullo le había impedido hacerlo mientras hablaba por teléfono.

Así que el único que faltaba era Jim, que no tenía ningún deseo de convertirse en ladrón. ¿No podría, mejor, ofrecer algo a cambio de las flores? Su reloj de pulsera no valía mucho. Su abrigo era nuevo, y costaba mucho más que el reloj y el ramo juntos. Decidió dejar una paga y señal, prometiendo volver otro día con dinero o, si no con dinero, al menos con una idea clara de cuándo podría volver a usarse alguna de las tarjetas de crédito suyas o de su mujer.

Pero cuando trató de sostener una pluma en la mano, no pudo; y cuando trató de enfocar la vista en el papelito al lado de la caja registradora –un *ticket* donde la chica había anotado la información de la American Express de Kate– descubrió que su mente estaba demasiado agitada. Este era su trastorno. Este era el declive. Hizo una bola con el *ticket* y se la metió en el bolsillo. Estiró la mano hacia el ramo. La chica había puesto agua en el jarrón.

Si hubieran estado caminando por Broadway, en el Downtown, aquella noche de febrero, tal vez hubieran visto a un hombre que se dirigía a toda prisa hacia ustedes con una enorme concrecencia floral. Quizá hubieran notado que ni siquiera paraba en los semáforos, sino que cruzaba en rojo con aplomo; y por eso mismo hubieran deducido, y con razón, que no podía ver por las flores que sostenía (haciendo lo posible por no pincharse con las espinas) con el brazo extendido hacia adelante. Cada vez que sonaba una sirena a lo lejos –y, en una oportunidad, las rítmicas hélices de un helicóptero en el cielo oscuro lo hicieron enfilar al trote por un callejón–, se encorbaba, furtivamente. Perdía el equilibrio; estaba paranoico por la policía. Las flores se doblaban por el viento y le azotaban la cabeza. Visto de lejos, podría haber recordado un viejo estereotipo, hoy en desuso: el del salvaje con una corona de plumas. Pero a medida que se acercara, notarían su ropa europea, su refinado corte de pelo; y posiblemente se preguntarían: “¿Qué le pasa a este tipo?”

Si ustedes se hubieran apartado para dejarlo pasar, antes de ajustarse la bufanda en el cuello y seguir su camino, podrían haberse topado con una joven en una esquina, nerviosa y desabrigada. “¿No ha visto a un hombre con un ramo de flores?”, podría haberles preguntado ella, sorprendida, y ustedes hubieran apartado la mirada de sus piernas blancas y desnudas, hubieran señalado en dirección contraria al viento y le hubieran dicho: “Se fue en esa dirección”. A esa altura, los primeros copos de nieve ya estarían cruzando las cavernas entre los bloques de pisos, en su descenso hasta la calle.

Jim levantó la vista y vio la nieve mientras avanzaba hacia Lorenzo's. Por un instante, lo tomó como una señal. ¿Pero de qué? Tiró

con fuerza de la puerta del restaurante, abriéndola bruscamente, y entró dando tumbos con sus flores deshechas al oscuro reino entre la puerta y las cortinas de terciopelo, que habían colgado para proteger del frío a los comensales en el frente del salón.

Abrió las cortinas.

—Perdón —le dijo a la gente sentada cerca de la entrada.

Tanto las flores de tallos largos como las de tallos cortos se habían enganchado en el terciopelo. Entonces se acercó un camarero, y Lorenzo también, modulando su voz suave de *ristoratore*:

—*Ciao*, James. *Ciao*. No puedo llamarle Jim, ya sabe.

—Lorenzo, *ciao* —dijo Jim.

El camarero estaba ocupado tirando de las cortinas. Lorenzo le dio una mano.

—Para este lado, probemos para este lado —ordenó.

Jim giró hacia la izquierda y después hacia la derecha, enrollándose —junto con el ramo— entre los pliegues de las cortinas. Luego hubo un revoloteo de pétalos. Se aflojaron las espinas de las rosas; se soltaron los tallos más altos del ramo. Él salió trastabillando al salón.

—Estoy bien, estoy perfecto —dijo, asintiendo con la cabeza para tranquilizar (o eso esperaba) a Lorenzo, al camarero, a las personas que se habían dado la vuelta en sus asientos para mirarlo.

—¿Qué le ha pasado, James?

Lorenzo sacó su cuadradito de seda blanca de su bolsillo superior y sorteó las flores amarillas y rosadas y azules y blancas para secarle la frente a Jim.

—He venido corriendo —dijo.

—Está sangrando —le dijo Lorenzo. Jim vio la sangre en el pañuelo—. Está lleno de arañazos. Parece que haya estado peleándose con ardillas o algo por el estilo.

Se rio, simpático.

—He estado... he estado peleándome, Lorenzo. No con ardillas. Rosas —especificó Jim.

Lorenzo dijo:

—Ah, claro. Mejor me ocupo de eso. Paul —se dirigió al camarero—, ¿podrías ocuparte de las flores de James?

Y agregó, para Jim:

—Se las vamos a llevar a la mesa.

—No, no —dijo Jim.

Le explicó a Lorenzo que eran un regalo para Kate, y que necesitaba mostrárselas él mismo. Era crucial, le dijo. Cogió el jarrón con más fuerza. Tenía los pantalones húmedos por el agua que había rebotado del borde. Se le habían mojado los zapatos. Podría ver agujeritos en las mangas de su abrigo y la parte delantera de su traje. Qué frustrante, después de haberse esforzado tanto en esquivar las espinas. Iba a tener que mandar la ropa a arreglar, pensó. Todo lo que tocaba, lo arruinaba. Las flores estaban casi destruidas.

De todas formas, las llevó por el pasillo. Aquí y allá la gente sentada se encorvaba hacia adelante, o hacia el costado, para dejarlo pasar. A medida que avanzaba hacia el fondo, se fue haciendo silencio en el salón. La gente apoyaba sus cubiertos, sus copas de vino; Jim sentía sus miradas.

“¡Coman! ¡Vivan mientras puedan!”, les quería gritar. ¿Pero quién era él para decirle nada a nadie? Era un ladrón, un criminal cualquiera. O peor. Había robado un ramo para dárselo al amor de su vida.

Cuando lo vio, ella se puso contentísima. Había bebido mucho. Pero bueno, ese no era el único motivo.

—Kate —dijo.

Ella se puso de pie y él avanzó en su dirección, tambaleándose. Elliot y Susan también se pusieron de pie. Kate los tenía al lado, y salió por entre medio de ambos —al igual que Jim, su equilibrio era precario— diciendo: “Perdón, disculpen”, mientras se abría camino entre el mar de mesas.

Se encontraron cerca de los baños. El bar estaba a su derecha. Kate levantó las manos abiertas para limpiarle la sangre de la cara. La sangre había bajado por el cuello y le había manchado el cuello de la camisa.

—Te he traído esto —le dijo.

Ella lloraba por lo bajo, susurrando:

—Son preciosas, preciosas.

Después empezó a llorar a moco tendido, y gritó:

—Has llegado, ay, *has llegado*, estábamos tan asustados, y yo me sentía tan perdida...

—Aquí estoy —dijo, y empezó a llorar él también.

Quería decirle que todo iba a mejorar, que él iba a mejorar, que un día dentro de poco iba a poder trabajar de nuevo y empezar a pagar algunas facturas, y sacarle esa carga de los hombros; que pronto, al fin, podrían mudarse del apartamento con las tuberías rotas. Quería decirle lo mucho que la necesitaba.

Pero podía ver, por el rabillo del ojo, su horrible imagen en el espejo detrás de la barra. Bajó la vista y vio las manos de Kate, las palmas manchadas de sangre. Y vio a los comensales y los camareros y las camareras y los ayudantes, quienes, perplejos ante la sangre, las lágrimas y las azucenas rotas que se inclinaban sobre las cabezas de Jim y Kate, como una versión demencial de esos tolditos de flores en los casamientos al aire libre, habían salido de la cocina o de la barra para quedarse mirándolos a su alrededor, en silencio. El dolor en su cuerpo se hizo más fuerte y las palabras que brotaron de sus labios no fueron palabras de amor. O sí. Se dirigió a su mujer tanto como a la gente ahí reunida:

—¿No lo ves, Kate? ¿No lo ves? Es hora de que me vaya. No puedo seguir haciendo esto. Aquí no hay lugar para mí. No encajo. Me duele tanto. Vosotros podéis vivir y ser felices. Ese nunca será mi caso.

—No, no, querido —lloró ella.

Alguien le tocó el hombro. Era Elliot, que se le había acercado por detrás. Le dijo a Jim:

—Vamos al coche.

Lorenzo estaba ahí también. Kate le dijo a Jim:

—Amor, ¿no dejarías que Lorenzo se encargue de las flores? Por un rato, solamente.

Jim obedeció.

Un momento después, Lorenzo volvió con un paño húmedo. Kate lo usó para refregarse los ojos, y limpiar sus manos y la cara de Jim. Le ató el cinturón del abrigo. Dijo:

—Ya está.

Salieron del restaurante, los cuatro. Susan dejó que Jim se apoyara en ella, y Elliot ayudó a Kate sosteniéndola. Al cruzar la puerta, oyeron cómo Lorenzo les decía a sus clientes:

—Todo está bien. Nuestro amigo pasó un mal momento. Por favor, permítanme invitarles a todos a una copa.

En Broadway, el viento había amainado y el aire parecía más cálido. Salieron y caminaron sobre la nieve fresca. Y, quién lo diría, Jim rodeó con el brazo los hombros de Susan, y Elliot se inclinó para acercarse a Kate, para escucharla murmurar lo que fuera que tenía para decirle.

En el garaje, Jim y Kate subieron al asiento trasero del coche de Elliot. Susan se sentó al lado de Elliot. Elliot arrancó el motor, encendió las luces y el limpiaparabrisas. *Fump, fump, fump*. Giró hacia el este. Durante el trayecto, Jim se sacó el cinturón. Le dio a Kate su bufanda y su móvil y sus llaves y todo su dinero, que eran unos treinta dólares.

Después, ella se arrodillaría en el suelo de la sala de urgencias y le sacaría los cordones de los zapatos. Vendría una enfermera, luego otra, y un médico que le prometería pastillas para dormir.

A esa altura, pasada la medianoche, Elliot y Susan habrían tomado la FDR para salir de Manhattan, cruzando el Bronx, hacia el condado de Westchester.

—Ahora puede irse a casa, si quiere —le dijo el médico a Kate—. No vamos a dejar que le pase nada.

El médico le dio una bolsa de residuos, donde Kate puso el abrigo de Jim y su americana. Usaría lo que quedaba del dinero de Jim para el taxi hasta la otra punta de la ciudad, y para leche y cereales en el supermercado coreano cerca del apartamento.

En lo profundo de la noche, vinieron a buscarlo. Un enfermero lo ayudó a subir a una silla de ruedas, lo empujó a través del laberinto blanco de pasillos y esperó el ascensor.

Margaret, una de las enfermeras de la noche, lo recibió en el pabellón. Dijo:

—Hola, señor Davis. De vuelta con nosotros, veo. ¿Le parece que puede caminar?

Le dio lorazepam y un vaso desechable de agua, y lo miró mientras tragaba. Después lo llevó a un cuarto propio.